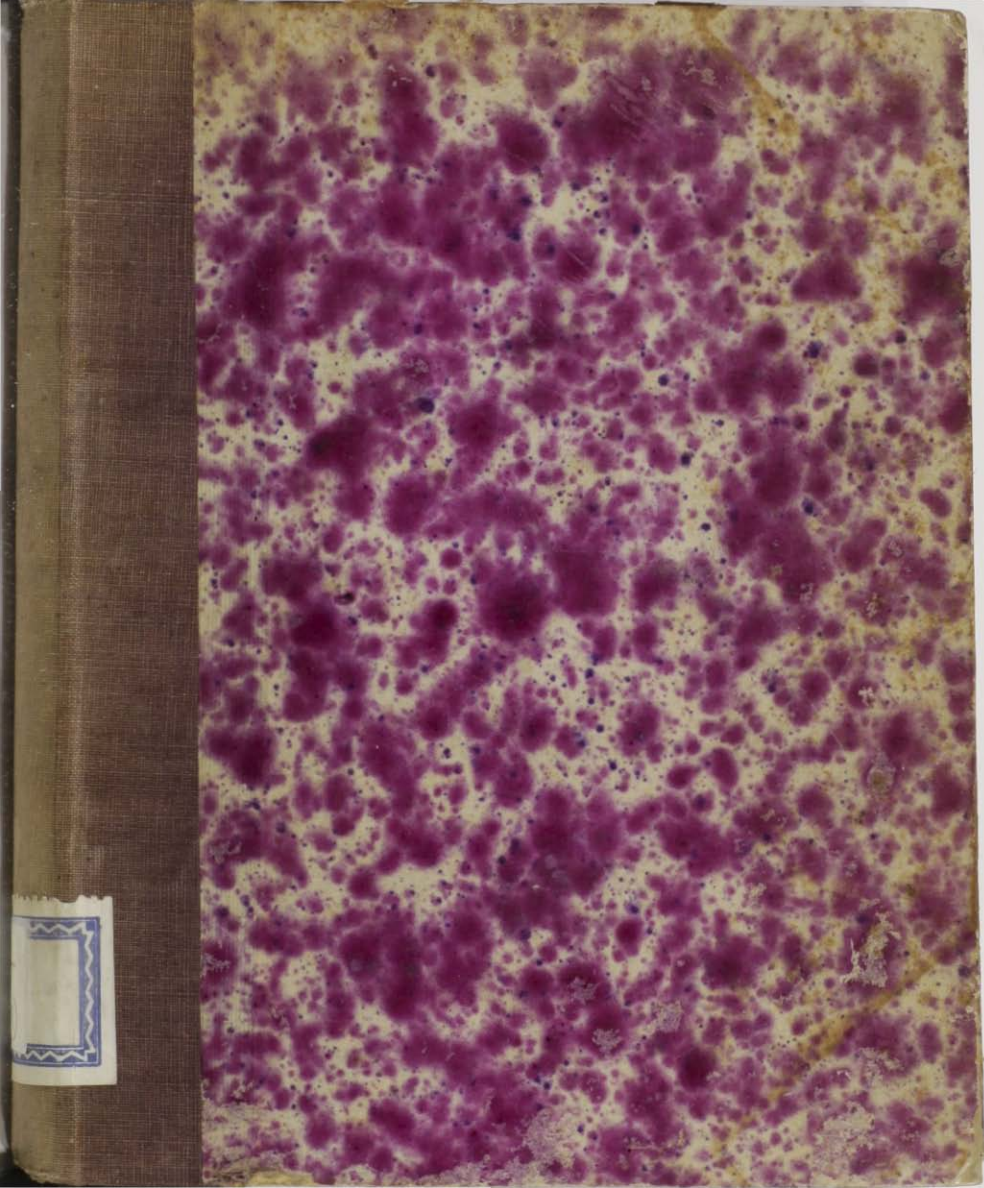
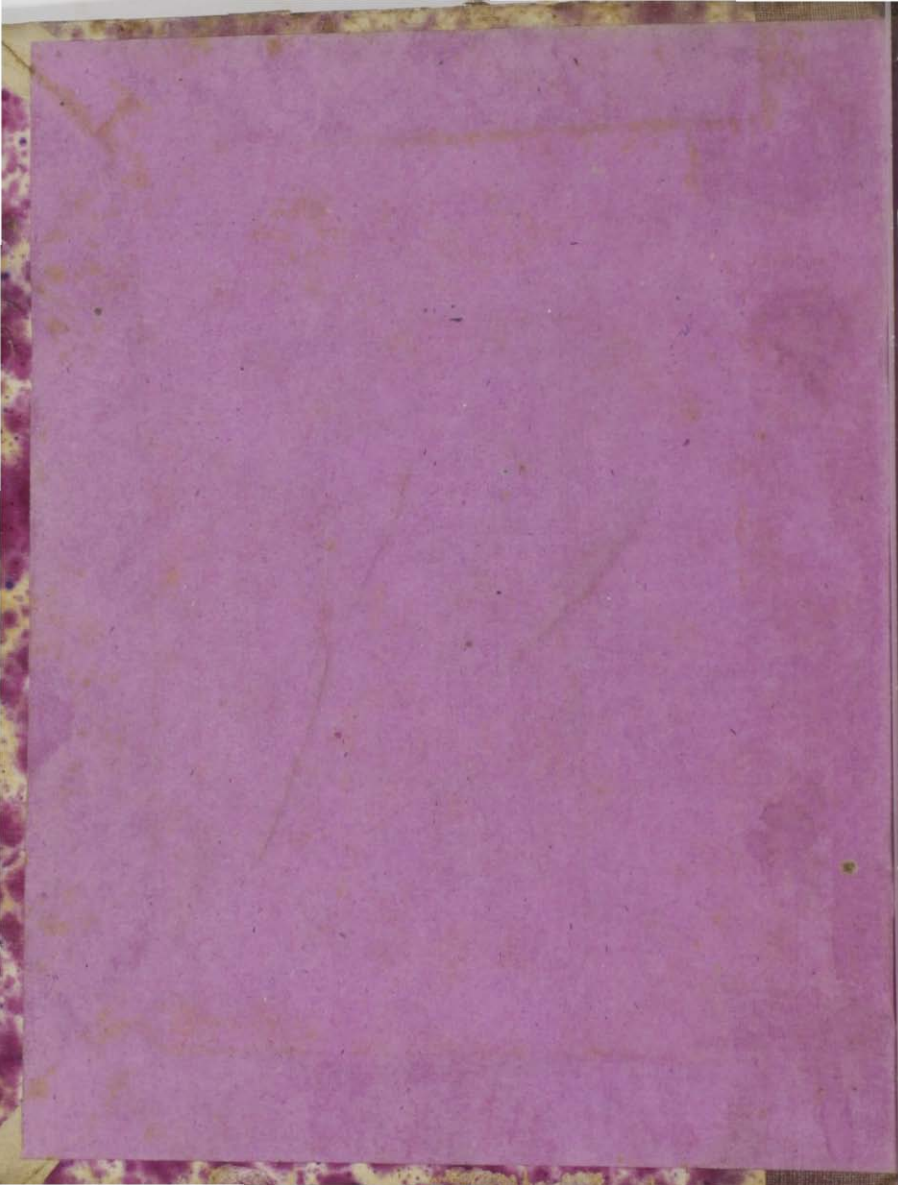






MONTERREY

Librería Anticuaria
de Galicia

G. Aranda, 18-Tel. 16843

VIGO

que de Diana Alendex, vos casasteis con
esta mujer... Yo, delante de Dios, juro
que ese casamiento es nulo, y que solo
libres...

—Libres!

—Diana Alendex, soy yo (Mirando á
Diana) Y esta mujer es mi criada, Cris-
tobal.

Diana (pretendiendo vindicarse aun).—¿Quién me lo
probará?

ESCENA XVIII.

Los mismos y Cristobal.

Cristobal. —El Almorcadé!

La esquilona se acerca á Susana que aparenta enseñar
el libro á su padre en la capilla. La esquilona está al
lado de Cristobal. En cuanto á Diana, se une á Diana
que por fin inclina la cabeza.)

FIN.

9
Biblioteca de LA CONCORDIA.

LA
PIPA DE CORIOLAN,

POR FULBERTO DUMONTILH

TRADUCCION DEL FRANCÉS

DE LA SEÑORITA

DOÑA EMILIA QUINTERO Y CALÉ.



VIGO.—1879:

Tip. de M. Fernandez Dios.
Constitucion, número 6.

n. 15537
R. 16480

Biblioteca de la Concordia

L.A.

PIPA DE CORIOIAN

POR FULBERTO DUMONTILH

TRADUCCION DEL FRANCÉS

DE LA BIBLIOTECA

DOÑA EMILIA QUINTERO Y CALLE



VIGO - 1870

Imp. de M. Fernandez Diaz
Calle de la Libertad, número 10

LA PIPA DE CORIOLAN.

I.

Coriolan Fishert, joven pintor con quien me unia una amistad intima y verdadera, me hizo detener en Bâle al concluir uno de mis viajes á Italia. Por toda riqueza Coriolan poseia sus pinceles, una alegria inalterable y la pipa mas enorme y mas singular que se ha visto.

Era un monumento, un mundo, una maravilla, formada de un arbusto de la Selva Negra.

Esta pipa representaba una enorme cabeza de macho cábrío.

Entre los cuernos del animal se veia un agujero ancho y estenso, una caverna donde el tabaco era sepultado en monton, un cráter de donde se lanzaban torrentes de humo. Los ojos, los cuernos, y la perilla, que eran del mas bello esmalte, se destacaban, por su limpieza, del resto del animal mas negro que el ébano. Esta cabeza de macho cábrío, se unia despues á un largo tubo sinuoso y flexible, que figuraba una culebra.

Sobre todo, de noche, cuando Coriolan iba á la cerveceria llamada del Salvaje, en donde se apuraban muchas copas de espumosa cerveza y buenos cigarros puros, era cuando la pipa merecia verdaderamente ser vista. Tomaba entonces no sé que aspecto extraño, hasta el grado de confundirse con algo viviente, pues los cuernos del macho cábrío se alargaban en espiral, saliendo de vez en cuando algunas chispas centelleantes de entre la ceniza contenida en el agujero que se elevaba como una pirámide inflamada.

Su largo tubo hacia ondulaciones como una serpiente, pareciendo tan extraordinaria como un reptil fantástico, arrastrándose entre las nubes.

Coriolan no tenia otra obra maestra semejante.

Despues de cada *hornada* colocaba cuidadosamente su pipa sobre las piernas, como sobre una almohada de seda ó terciopelo, y si llegaba á apercibir alguna mancha en los cuernos ó en la perilla de la cabeza de macho cábrío, la quitaba al instante con la misma solicitud que una buena madre lava á su hijo.

Como todos los parroquianos del *Salvaje*, yo admiraba al macho cábrío de Coriolan, y bien á menudo meditaba en la posesion de la pipa que lo contenia, pero á mis mas seductores ofrecimientos, el pintor respondia siempre con enormes bocanadas de humo que parecian decirme:

—¡Tu no la poseerás nunca!

II.

Una hermosa mañana fui despertado por Coriolan que venia á proponerme una excursion por los alrededores de Bâle.

Para decidirme á ir, levantó la cortina de la ventana, y en aquel momento un rayo de sol invadió mi cuarto, como para añadir una invitacion á la de mi amigo.

Yo no podia rehusar, tomé, pues, mi baston de turista y partimos sin llevar otro objeto que nuestro capricho, ni otro guia que el azár.

Al cabo de una hora de nuestra escursion, ya hubiéramos pasado la frontera, y nos encontrábamos en Alsacia. De repente Coriolan se detiene, dá un grito de admiracion y me señala arrogantemente hácia la cima de una colina, en donde se veian las ruinas imponentes de un castillo feudal.

Era un delicioso laberinto de torrecillas agudas, de muros carcomidos por el tiempo y de arcos coronados de follaje.

Aquí arbustos que retoñaban en la cúspide de las torrecillas, allí espigas de clemátidas y resedá silvestre, formaban á lo largo de las almenas como un parterre aéreo.

Por todas partes una hiedra secular escalaba las torres como si quisiese sitiárlas y describía sus verdes arabescos sobre las paredes medio desplomadas.

Hermoso era aquello, en verdad.

Mas extendiendo la vista por todo el valle, advertí otro edificio ménos poético sin duda, pero para turistas en ayunas tenia tambien su encanto.

Era una pintoresca casa que servia de posada, á la cual rodeaban corpulentos árboles, cuyas frondosas ramas proyectaban su sombra en el camino y servian de grato solaz al viajero.

A su vista, Coriolan se apresuró á volver la espalda al castillo feudal, y con paso acelerado nos dirigimos hácia la posada ó mas bien hácia el «Hotel del Leon de Florencia,» como se le nombraba á aquella.

Entramos pues, en el hotel y nos sentamos á la mesa:

—¿A quién, pregunté al posadero, pertenece el castillo que se descubre desde aquí?

—A mi, respondió éste, cuyo nombre era Muller, con una voz sonora y coleándose como un pichon.

—Os felicito por ello. Vuestro castillo es soberbio, le dije.

—Es tambien para vender, repuso el posadero, creyendo ballar, sin duda, un comprador inesperado.

—Y ¿cuánto quereis por él? le interrogué de nuevo.

—Ciento cincuenta francos.

—¿Decis?.....

—Digo, ciento cincuenta francos.

—¡Ciento cincuenta francos! No era ciertamente caro para ser un castillo. Yo meditaba en esto y Fisher parecia sorprendido.

—¡Ah! ya comprendo, dijo de repente el pintor inclinándose hácia mi oído, ha debido pasar en estos muros algun drama horroroso. Ese castillo, estoy seguro de ello, debe estar frecuentado por aparecidos. Nada hay como los fantasmas y duendes, para hacer rebajar hasta tal punto el valor de una propiedad.

—¡Y bien! ¿Qué importa que lo habiten duendes y fantasmas? dije á Coriolan. Yo traigo en mi bolsillo doscientos francos, y como el negocio es bueno, no me desanimo.

—Os compro vuestro castillo, dije al posadero despues de un momento de reflexion.

—¿Mi castillo?

—Si, vuestro castillo.

—¿Sin verlo?

—Sin verlo.

—Pero yo no os vendo la colina;

—Es evidente.

—Debo preveniros tambien que no es muy habitable.

—Eso me es igual.

—Entónces, añadió el posadero, frotándose las manos, voy á avisar al notario Meinherr Malsacherr.

Sin esperar la menor respuesta por mi parte, salió precipitadamente y volvió presto, seguido de un grueso personaje de aspecto imponente y calvo como un huevo.

El maestro Malsacher sacó de un profundo bolsillo una estensa cartera, abrió su tintero, alineó el papel, cruzó los brazos y esperó.

Las condiciones fueron propuestas y aceptadas en el acto, el dinero contado y los títulos de propiedad puestos en mis manos.

Mediante la insignificante suma de ciento cincuenta francos, era ya propietario de un castillo, y mejor aún, de un castillo histórico, que llevaba el nombre poético de «Lascrône,» que en alemán significa «la corona del país.»

Este castillo célebre en Alsacia, fué uno despues de otro, castillo feudal, monasterio y plaza fuerte.

Los barones de Ferrettes lo habian habitado varios siglos; los buenos monjes habian cantado allí *maitines*, bebiendo *johan nisberg* y, por último, el cañon de la república habia retumbado sobre su colina, defendiendo nuestras fronteras; tales eran las gloriosas páginas que contenia la historia de mi castillo.

Despues de haber celebrado la venta de éste con el espumoso vino de *Unawir*, tomamos el camino de *Lanscrône*, el posadero Muller, Fisher y yo.

Llegado al foso amurallado, Muller se detuvo y se descubrió para decirme con una voz solemne.

—¡Hé aquí vuestra propiedad!

— ¡Mi propiedad! ¡Que palabra llena de encanto!

A una señal mia, Coriolan pasó el primero, después yo; y al minuto nos encontramos en mis tierras, es decir, en medio de espigas y ortigas, y por compañeros, multitud de reptiles, insectos y pájaros, que parecían ser sorprendidos por nuestra visita.

A estos seguían procesiones de hormigas yendo con sus provisiones; bandadas de gaviotas vagabundas, salamandras errantes y lagartos durmiendo al sol.

Por todos lados las arañas hilaban telas gigantes, las culebras resbalaban entre las yerbas y las ratas huían y se ocultaban entre los escombros.

La nota melancólica de pequeñas ranas, respondía al canto monótono de los grillos; y la voz siniestra del quebranta-huesos, acompañaba los gritos lúgubres de las cornejas y de las lechuzas.

A este infernal concierto, era preciso añadir el zumbido del viento, que se se introducía por entre los pilares penetrando por entre las mil grietas del castillo.

El posadero no me había vendido más que un enorme montón de piedra. Pero ¿Qué me importaba? Una ruína no es una fábrica, y siempre tiene un valor que es su poesía.

A la vista de un lienzo de pared de una torrecilla que se inclina, de una puerta que se desploma, de una simple piedra cubierta de musgo, la imaginación reedifica todo el edificio y lo adorna con su historia olvidada, y su esplendor extinguido.

En esas calles de árboles que invaden las espigas, ¿no veis surgir damas y caballeros?

En esa torrecilla donde se posa hoy la cigüeña viajera, ¿no oís el ronceo sonar de las trompas?

Las ricas hacendadas desfilan bajo esos arcos ruinosos

y las losas rotas de su pavimento devuelven el eco de los pasos de los arqueros.

Bajo esta chimenea que tapizan los matorrales se escuchan cantar los trovadores, y en esta pequeña ventana donde la golondrina tiene su nido, contempla á la jóven castellana dulcemente apoyada en el codo esperando al apuesto caballero que ama.....

¡Apariciones lejanas y encantadoras!

Cuadro imaginario que el posadero seguramente no había supuesto jamás.

Pero nada como el espectáculo que á los ojos de todos ofrecia el valle de Enihgental, situado á los piés del Lanscröne con sus guirnaldas de sauces y de altos álamos, sus frescos jardines, sus alegres lugares, sus blancos campanarios y mil chimeneas que rompian el follaje proyectando en el aire penachos de humo que el viento llevaba.

Y desde este delicioso valle llegaba á la cima del Lanscröne como un eco múltiple y armonioso el del buey que mugía, del cordero que balaba, de la campanilla que tañía, del molino que daba vueltas, y del pastor que cantaba.

Por todos lados se veía un horizonte inmenso; y en medio de él; el valle de los Vasges, Selva negra el Rhin, soberbio en el cual reflejaba el sol poniente, y el Oberland que se elevaba entre las nubes como una gran flecha perdida en el cielo.

Cuando yo contemplaba esta magnificencia, Coriolan hundido en las ruinas hasta el cuello, me llamaba á gritos y hacia saltar su fieltro en el aire como si acabase de hallar un gran tesoro.

Detras de un espeso rosal silvestre, había descubierto una habitación perfectamente conservada. La pared de ella tapizada con una viña virgen como la gruta de

Calipso, y el suelo todo alfombrado de violetas y margaritas. La madre selva y el jazmin, entraban con libertad por las ventanas hábilmente esculpidas, y formaban alrededor del cielo raso una cornisa de flores.

A la vista de un lugar tan encantador, resolví adornarlo con un mobiliario rústico y crearme así, en medio de aquel desierto de piedra, un pequeño oasis á donde yo iría de tiempo en tiempo á admirar la bella naturaleza y á fumar cigarros.

Después de haber dado una vuelta por mi propiedad (en lo cual invertí unos diez minutos) me despedí del amo Muller, y me dirigí á Båle encantado de mi jornada. Yo habia partido impleturista con el baston en la mano y el saco á la espalda, y volvia propietario rural y castellano..... A cada instante metenia para contemplar mis viejos muros, mis altas torrecillas, y ya hablaba como un rico propietario.

En cuanto á Fisher, me pareció que estaba mas dispuesto á envidiar mi buena fortuna que á participar de mi alegría. Bien pronto me acusó de no tener yo el mismo cariño que antes y hasta esó insinuar, que me habia vuelto soberbio!....

Quizá tenia razon! la fortuna nos cambia tan pronto!...

III.

Llegado á Båle me apresuré á estrechar la mano de Coriolan y á dirigirme á mi habitacion. Pero al atravesar la plaza de la Catedral, me encontré de repente cara á cara, con un inglés de elevada estatura que se alzaba como un obelisco entre dos inglesas.

La una, esbelta y jóven, me pareció encantadora bajo

el velo de gasa azul que cubria su rostro: la otra era rubia y se hallaba en el descenso de la vida.

Esta parecia dispuesta á domar un perrillo pertinaz que tiraba con todas sus fuerzas de un cordón, obstinándose en no marchar; exasperada *mylady* le administraba una tempestad de sombrillazos que no hacian nada:

Al fin la sombrilla se partió, el cordoncillo se hizo pedazos, el perrillo echó á correr y la inglesa quedó lamentándose y llamando con los nombres mas tiernos á su perro, pero sin conseguir que el pequeño vagabundo le atendiera y volviese hácia ella.

De pronto una gran idea cruzó por mi mente y partí como una flecha en persecucion del fugitivo. Despues de una carrera furibunda, llegué á él, lo cogí por una pata y lo remité á su propietaria, testigo impasible de esta *steeplechase*.

Los ingleses son algunas veces en extremo amables. Por eso en esta ocasion fui acogido como un salvador, me dieron las gracias como á un amigo y cumplieron como un héroe.

Lord Caffort me ofreció galantemente su tarjeta y yo le fui á visitar al dia siguiente. Gracias á Olopherne (este era el nombre del perro) me creó una relacion de las mas agradables. Desdichadamente Lord Caffort se proponia abandonar bien pronto á Bâle é irse á Moscow con el solo objeto de hacerse servir en el *Grand Hotel del Czar*, ciertos pasteles de polla cebada, que uno de sus compatriotas le habia ensalzado mucho. Debía irse enseguida de allí á fumar un Lóndres al pié de la torre de Babel, de la que habia leído en el *Times* una descripcion muy curiosa.

Su hija Miss Lucy, era bella como una inglesa que

se propone serlo. De mejillas sonrosadas, trenzas oscuras, ojos azules y boca.....

¿Pero como pintar esta angélica belleza? ¿Se describe acaso una linda mujer como un paisaje y se desmenuza como un Museo?

No; pues pasa rápida y lijera como una vision encantadora que no quiere detenerse ni á levantar su elegante sombrero ni á desatar sus blondos cabellos.....

Lucy era divinamente bella. En cuanto á Miss Irene, hermana de Lord Caffort y ama de Olopherne, ya era otra cosa. Tiesa como un hilo á plomo, alta y delgada como un álamo, con anteojos verdes y cabellos amarillos no merecia siquiera una mirada. Me hallé además que se parecia mucho al Duque de Wellington, circunstancia que no le impedia ser tan egoista como sentimental.

Este encuentro fué para ella una buena fortuna, y mas de una vez dándole yo el brazo, sentí la presion significativa y tierna de su mano. Por mi parte yo amaba á Lucy perdidamente; y la adorable Miss (¡Oh dicha inesperada!) respondia á mi amor. Por desgracia se alzaba entre nosotros la escuálida figura de Lord Caffort que ciertamente no habia pasado el estrecho para ofrecernos la mano de su hija....

Lucy tenia cuatro millones de fortuna y yo no poseia mas que mi castillo de Lanscrone. Pero en cambio era amado..... ¿Qué hacer para poseer aquella belleza? no vi mas que un partido que tomar, robar á Mis Lucy.... Le hablé de ello una noche y la vi sonrojarse, demostrando en medio de su turbacion y su sorpresa, que luchaba entre el temor y la pasion, que al parecer por mi sentia.

Cuando ella comprendió que su padre no tenia ningunas ganas de hacer de mi su yerno, me tendió

carinosamente su mano encantadora y se confió á mi.

¡Yo era vencedor! ¡Yo era dichoso!

Entretanto, Miss Irene continuaba demostrándome que no le era indiferente, sirviéndome á pedir de boca, para mi intriga con Lucy.

Yo respondia á sus dulces insinuaciones de afecto con un ardor que encantaba á la vieja solterona.

Lucy se divertia por ello conmigo y se reía.

Por fin Lor Caffort nos participó una noche su resolucion irrevocable de partir. Los famosos pasteles de polla cebada lo atraian irresistiblemente hácia las riberras de los Moskcowsos.

Al oir esta nueva, cambiamos Lucy y yo una mirada furtiva, y me dirigí al momento á mi cuarto para escribir el siguiente billete á la jóven miss:

«Mañana á media noche, un cupé os esperará á la puerta del jardin. El latigazo del postillon, mi muy amada, será la señal de que somos ya libres y dichosos..... Iremos á mi castillo de Lanscrône, pues no podemos encontrar un refugio mas seguro ni mas encantador.

»Al despuntar el dia esperaré vuestra respuesta bajo el techo de las elemátidas.»

Doblé mi carta y corrí al Hotel de Caffort. ¡Oh perspicacia del amor! ¡Oh dicha! ¡Mis esperanzas iban á ser una verdad!

A través del enrejado del jardin apercibí un vestido blanco. Era Lucy que esperaba. Nuestras miradas se habian comprendido. Nuestros corazones se habian adivinado. Yo pasé entonces un cigarro puro de parte á parte de mi billete, lo lancé al espacio, y despues de describir una curva, fué á caer á los piés de Lucy. Esta

rápido, las montañas rebotaban, los valles parecían cruzarse, los árboles volar.

Por todas partes veía surgir mil visiones encantadoras. En la dulce figura de Lucy que se multiplicaba en el infinito y que me acompañaba. La veía flotar en medio de las nubes, sonreír detrás de los álamos y correr á mi lado en la punta de las cañas.

Al fin en la cima de una colina se alzaba un blanco fantasma. Era mi castillo del Lanscrône.

El cupé llegó al pié de la montaña, trepó por el camino que conducía á las ruinas y desapareció.....

¡Ay! yo no podía seguirla allí porque me estaba prohibido. Fui, pues, á llamar á la puerta del *Leon de Florencia*. Mi cuarto daba á Lanscrône y desde mi ventana velaba por Lucy.

Jamás me habia parecido mi castillo mas poético, mas imponente: aquí una torrecilla medio derribada cortaba en el espacio el perfil de un esfinje enorme y coronada de estrellas; allá aparecía el cielo al través de los muros agujereados por los siglos; muros que parecían los arcos de un puente gigantesco sobre el que pasaban las nubes como sombras. La luna parecía asimismo suspendida como un farol en las almenas de las torrecillas, y los montones de piedra que de todas partes se habian desprendido del edificio, se asemejaban á otros tantos fantasmas colocados de centinela al pié del viejo Lanscrône.

Todo ello era espléndido, pero lo que sobre todo cautivaba mi atencion no era ni la luna ni las estrellas, sino una lucecita que brillaba como una luciérnaga en la ventana de Lucy. Este débil resplandor me decia: «Es allí donde ella está, es allí donde me espera.»

Presto la luz palideció ante la aurora y entonces me arrojé en mi lecho y me dormí tan profundamente que

tuvieron que despertarme como se despertó á Napoleon en Austerlitz.

V.

El personaje que interrumpió mi sue ño fué el venerable pastor Beauman á quien yo habia prevenido la vispera y que venia á unirme con mi Lucy. Entró en mi cuarto gravemente con su gran sombrero en la mano y su vieja biblia bajo el brazo, y me dijo con una voz solemne, despues de haber mirado su grueso reloj de bolsillo.

¡Las nueve! es tiempo de ponernos en camino.

El digno hombre hablaba como si me condujese al patibulo.

Un cuarto de hora despues llegaba jadeante y todo conmovido á la cima del Lanscrône; de repente, al través de las ramas de madre selva distinguí un vestido blanco, una mujer sentada en medio de las margaritas y de los botones de oro.

Sin hacer ruido me aproximé á ella y casi á sus piés diciéndola: ¡Oh miss Lucy!.....

—Pero, ¡que veo gran Dios! exclamé admirado ¡Irene! ¡tia Irene! ¡Cielos! ¿Qué he hecho yo? ¡Es la vieja soltera la que yo he robado! ¡Fué á sus piés á los que lancé mi carta en el jardin! ¡Es ella quien colocó bajo las clemátidas este billete que me prometia tanta dicha.

A su vista permanecí mudo, anonadado. De pronto lancé un grito de rabia, de desesperacion; Irene espantada se arrojó en los brazos del pastor que quedó estupefacta, y yo me eché fuera de las ruinas, como una

gamuza que salta de roca en roca, corrí al «Leon de Florencia» monté mi caballo y galopé hasta llegar al hotel de Lord Caffort. Allí vi, oh desgracia, que las contras estaban cerradas y que habia un letrero con estas palabras: «Se alquila.»

El conserje del hotel fumaba tranquilamente al sol en su pipa. Lo llamé con una voz temblorosa y le pregunté con viveza por Lord Caffort.

—Partió esta mañana, me contestó, pero hé aqui su direccion:

«Grand Hotel del Czar en Moscow.»

Después de esta desventura, resolví abandonar á Bâle y deshacerme del castillo que me traia á la memoria tan tristes recuerdos. Su vista habia llegado á serme insoportable. Me parecia que su hiedra prolongada como grandes brazos y sus torr ecillas, se burlaban de mi, y que las grietas de la smurallas aparecian cual otras tantas bocas riéndose de mi á carcajadas.

Mandé hacer grandes carteles de anuncios y puse mi castillo en venta.

«El du hant Rhin» insertó dicho anuncio, y el tambor de Enighentol, le proclamó á grandes redobles en la plaza pública.

Pero ni por esas encontraba comprador.

Solo el posadero que me lo habia vendido ofreció cincuenta francos por él. Yo no respondí á este ofrecimiento impertinente.

Iba á resignarme á abandonar mi castillo, á las cornejas y lechuzas, cuando en el momento de la partida, Coriolan me advirtió que tenia que hablarme de un asunto importante; y cruzando los brazos y tomando la actitud grave de un diplomático ó de un hombre de negocios, me propuso cambiar mi castillo por su pipa.

A esta proposición tan bizarra del joven pintor, la venta quedó hecha, concluyendo con dos carcajadas. Pero como teníamos que separarnos, Coriolan quiso fumar en su pipa por última vez. Después de haberla atacado bien, la encendió en silencio, suspirando a cada bocanada de humo, y me la devolvió mojada con una lágrima.

Entonces caímos en los brazos uno de otro y partí para... Moscow. Pero cuando llegué al *Gran Hotel del Czar*, Lord Caffort y su encantadora hija acababan de ponerse en camino para Babilonia.

Como era imposible dar la vuelta al mundo en persecución de mi prometida, volví a París, sin que jamás haya vuelto a ver Lucy, que sin duda me creará un infiel.

El único consuelo que me queda hoy es la pipa de Coriolan.....

¡Está muy vieja! La cabeza de macho cábrío ha perdido un ojo y un cuerno, doble falta que la hace todavía más fantástica.

De tiempo en tiempo fumo en ella, y entonces siento despertar en mí los recuerdos de mi juventud y de mis locas aventuras.

Al través del humo arremolinado, veo la espumosa cerveza del «Salvaje», surgir las torrecillas del Lanscrône, el alegre semblante de Coriolan, y sobre todo, la dulce figura de Miss Lucy.

FIN.

